

estímulos. Vemos ahora cuánta complicación ha traído la introducción de las pulsiones para el simple esquema fisiológico del reflejo. Los estímulos exteriores plantean una única tarea, la de sustraerse de ellos, y esto acontece mediante movimientos musculares de los que por último uno alcanza la meta y después, por ser el adecuado al fin, se convierte en disposición heredada. Los estímulos pulsionales que se generan en el interior del organismo no pueden tramitarse mediante ese mecanismo. Por eso plantean exigencias mucho más elevadas al sistema nervioso y lo mueven a actividades complejas, encadenadas entre sí, que modifican el mundo exterior lo suficiente para que satisfaga a la fuente interior de estímulo. Y sobre todo, lo obligan a renunciar a su propósito ideal de mantener alejados los estímulos, puesto que producen un aflujo continuado e inevitable de estos. Entonces, tenemos derecho a inferir que ellas, las pulsiones, y no los estímulos exteriores, son los genuinos motores de los progresos que han llevado al sistema nervioso (cuya productividad es infinita) a su actual nivel de desarrollo. Desde luego, nada impide esta conjetura: las pulsiones mismas, al menos en parte, son decantaciones de la acción de estímulos exteriores que en el curso de la filogénesis influyeron sobre la sustancia viva, modificándola.

Y si después hallamos que la actividad del aparato psíquico, aun del más desarrollado, está sometida al principio de placer, es decir, es regulada de manera automática por sensaciones de la serie placer-displacer, difícilmente podremos rechazar otra premisa, a saber, que esas sensaciones reflejan el modo en que se cumple el dominio de los estímulos. Y ello con seguridad en este sentido: el sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el de placer con su disminución. La imprecisión de esta hipótesis es considerable; no obstante, nos atenderemos fielmente a ella hasta que podamos, si es posible, colegir la índole del vínculo entre placer-displacer y las oscilaciones de las magnitudes de estímulo que operan sobre la vida anímica. Vínculos de este tipo, por cierto, puede haberlos muy variados y nada simples.⁶

⁶ [Como se verá, acá están involucrados dos principios. Uno de ellos es el «principio de constancia», el cual vuelve a enunciarse en *Más allá del principio de placer* (1920g), AE, 18, págs. 8-9; en los siguientes términos: «...la hipótesis de que el aparato anímico se afana por mantener lo más baja posible, o al menos constante, la cantidad de excitación presente en él». Para este principio Freud adoptó en el mismo trabajo (*ibid.*, pág. 54) la expresión «principio de Nirvana». El segundo principio implicado es el «principio de placer», que también vuelve a formularse en *Más allá del principio de placer* (*ibid.*,

Si ahora, desde el aspecto biológico, pasamos a la consideración de la vida anímica, la «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante (*Repräsentant*) psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal.⁷

Ahora podemos discutir algunos términos que se usan en conexión con el concepto de pulsión, y son: esfuerzo, meta, objeto, fuente de la pulsión.

Por *esfuerzo* (*Drang*) de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa (*repräsentieren*). Ese carácter esforzante es una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma. Toda pulsión es un fragmento de

pág. 7): «En la teoría psicoanalítica adoptamos sin reservas el supuesto de que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio de placer. Vale decir, creemos que en todos los casos lo pone en marcha una tensión displacentera, y después adopta tal orientación que su resultado final coincide con una disminución de aquella, esto es, con una evitación de displacer o una producción de placer». Freud parece haber supuesto en un comienzo que estos principios guardaban entre sí una estrecha correlación, e incluso que eran idénticos. Así, en su «Proyecto de psicología» (1950a), AE, 1, pág. 356, escribe: «Siendo consabida para nosotros una tendencia de la vida psíquica, la de evitar displacer, estamos tentados a identificarla con la tendencia primaria a la inercia [la tendencia a evitar excitación]». Un punto de vista similar se adopta en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5, pág. 588. En el pasaje al que se refiere esta nota, sin embargo, parece dudarse de que la correlación entre ambos principios sea completa. Esta duda es ampliada en *Más allá del principio de placer* (AE, 18, págs. 8 y 61), y se discute con cierta extensión en «El problema económico del masoquismo» (1924c), AE, 19, págs. 165 y sigs. Freud arguye allí que los dos principios no pueden ser idénticos, ya que incuestionablemente hay estados de tensión creciente que son placenteros (v. gr., la excitación sexual), y prosigue sugiriendo (como ya había insinuado en los dos pasajes de *Más allá del principio de placer* a que acabamos de aludir) que la cualidad placentera o displacentera de un estado puede ser relativa a la característica temporal (o ritmo) de los cambios en la cantidad de excitación presente. Concluye que, en todo caso, los dos principios no pueden considerarse idénticos: el principio de placer es una modificación del principio de Nirvana. Este último debe atribuirse a la «pulsión de muerte», y su modificación en principio de placer se debe a la influencia de la «pulsión de vida» o libido.]

⁷ [Cf. mi «Nota introductoria», págs. 107-9. Este último punto también se trata en el agregado hecho en 1915 a los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), AE, 7, pág. 153, y en el *Esquema del psicoanálisis* (1940a), AE, 23, pág. 146.]